

HISTORIA  incógnita



OBJETIVO CAZAR al LOBO

La historia real de los complots y atentados para matar a Hitler

Gabriel Glasman

HISTORIA  incógnita

OBJETIVO
CAZAR al
LOBO

La historia real de los complots y atentados para matar a Hitler

Gabriel Glasman

 nowtilus
editor

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Objetivo Cazar al Lobo
Autor: © Gabriel Glasman
© 2006 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter
Coordinador editorial: Sergio Remedios
Prensa y Comunicación: David Yagüe

Director artístico: Carlos Peydró
Diseño y realización de cubiertas: Diego Linares
Diseño de interiores y maquetación: Patricia Baggio

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN10: 84-9763-283-4
ISBN413: 978-849763-283-6
Fecha de edición: Abril 2006

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso, S.A.

Depósito legal:

Índice

<i>Introducción</i>	7
I. DEL PUTSCH DE MUNICH AL PODER	17
II. EL ESTADO POLICIAL	55
III. UNA PERSECUCIÓN SOSTENIDA	65
IV. LA RESISTENCIA	81
V. LOS AÑOS DE TIBIEZA: 1937-1939	113
VI. ELSER, EL PIONERO	147
VII. LA INQUIETUD CONSERVADORA	159
VIII. LA CONSPIRACIÓN DE LAS BOTELLAS	171
IX. UNA BOMBA BAJO LA MESA	191
<i>Conclusiones</i>	227
<i>Bibliografía</i>	233
<i>Siglas y términos alemanes utilizados</i>	235
<i>Cronología sumaria</i>	237
<i>Archivo visual. La propaganda nazi en imágenes</i>	241

A mis hijos Tomas y Lucas por la alegría sin fin

Capítulo I

Del putsch de Munich al poder

*Sólo se puede gobernar un pueblo ofreciéndole un porvenir.
Un jefe es un vendedor de esperanzas.*

Napoleón Bonaparte

Tras el fin de la Primera Guerra Mundial, la fisonomía política de Alemania viró radicalmente al ritmo de cambios vertiginosos. En 1918, la tradicional dinastía Wittelsbasch sucumbió cuando en Munich el socialismo independiente –una porción minoritaria de la socialdemocracia– encabezó una revolución que estableció la República Bávara, dirigida por el ex periodista Kurt Eisner. En Berlín, la presión política de la socialdemocracia, apoyada por grandes sectores de la población, también puso un preciso término a la hegemonía de otra dinastía histórica, la de los Hohenzollern, impotente para constituir un gobierno que dirigiese los destinos nacionales en la posguerra.

En el marco de una derrota militar sin atenuantes y la mayor ruina económica, el otrora poderoso Imperio Alemán asistió al desmoronamiento definitivo de sus instituciones tradicionales, con la monarquía definitivamente incorporada al cortejo del pasado. El último acto de esta crisis sin precedentes lo representó Guillermo II quien, tras abdicar el 9 de noviembre, emprendió su exilio en Holanda donde falleció en 1941. Como bien señala Burleigh: *“Las elites tradicionales de Alemania estaban asombradas por la rapidez de*

la derrota y del cambio, y verán la aparición de la República democrática con una hostilidad y una incompreensión notorias. Su mundo se había desplomado". La República, encabezada por el socialdemócrata Friedrich Ebert emergió entonces entre ese mundo en ruinas.

El nuevo gobierno contó, en lo inmediato, con un consenso importante, proveniente especialmente de las masas trabajadoras y de la clase media arruinada, al que se le sumaron millones de soldados desmovilizados del frente de batalla y que dirigieron esperanzadoramente su mirada al nuevo poder. También prestaron su apoyo, aunque con otra intensidad y fuente de interés, los sectores más moderados de la burguesía liberal y de las fuerzas armadas que, aunque desmanteladas y en derrota, constituían aún un pilar fundamental en la estructura del Estado.

El apoyo de las clases subalternas y aun de la burguesía liberal se explicaba sin mayores dificultades por la línea de asistencia social, recomposición económica y paz que predicaba la socialdemocracia. Más complicada era la situación de los sectores conservadores y militares, representantes de las viejas glorias imperiales, que se sumaron, o por lo menos no pusieron reparos de peso, al nuevo gobierno

¿Por qué los herederos de Bismarck, el "canciller de hierro", se comprometían con los socialdemócratas a los que despreciaban por su verborrea popular? Bismarck mismo había marcado su norte al definir la política como "el arte de lo posible". En la coyuntura crítica en la que se hallaba la nación alemana, y las perspectivas de una catástrofe política aún mayor por la influencia de la revolucionaria Unión Soviética, los sectores conservadores de la burguesía y las fuerzas armadas hallaron en la moderada socialdemocracia un aliado hasta hace poco impensable. Aunque no les agradara su fraseología socializante, en última instancia vieron en ella una posibilidad cierta de detener el peligro mayor que, alumbrando desde Oriente, amenazaba seriamente implantarse en Alemania.

Bajo el compromiso efectivo de la socialdemocracia de oponerse a la bolchevización del país, el gobierno precedido por Ebert obtuvo, pues, su guiño inicial. Los sectores más moderados del movimiento obrero también prestaron su adhesión al nuevo gobierno, sobre todo a través de los sindicatos y asociaciones de trabajadores católicos, que se sumaron a los poderosos gremios con hegemonía socialdemócrata. Las promesas de obtener por primera vez un seguro social y sanitario para los trabajadores, sumadas a una diversificada bate-

ría de medidas para contener el paro y la inflación generalizados inclinaron, pues, la balanza hacia una actitud de moderada espera y respaldo.

Por otra parte, el acompañamiento que estos sectores hicieron del gobierno socialdemócrata resultó un eficaz parte aguas con los sindicatos controlados por los comunistas, preludiando un enfrentamiento que en breve se tornaría desembocado.

Los sectores más radicalizados de la sociedad, en cambio, presionaron para llevar adelante un cambio mayor. Para ellos no se trataba de la reformulación de las formas de gobierno que recompusieran el capitalismo alemán en crisis, sino de destruirlo definitivamente. Aunque su confianza en la democracia burguesa era nula, por lo pronto y como una estrategia de concentración de fuerzas, los “espartaquistas” –un sector de la socialdemocracia que operó independiente de aquella desde 1916– pugnaron por democratizar el nuevo parlamento con la inclusión de los Consejos de Obreros y Soldados que por entonces se multiplicaron por todo el país.

Conformados en 1917 como Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), sus proclamas erizaban el espíritu de los socialdemócratas y sus ocasionales aliados. *“Ha pasado la hora de los manifiestos vacíos”* –agitaban– *“de las resoluciones platónicas y las palabras tonantes. Para la Internacional ha sonado la hora de la acción.”*

Las convulsiones sociales fueron en aumento a lo largo de 1918 y las marchas y concentraciones callejeras constituyeron un espectáculo corriente; hacia la Navidad de ese año los disturbios sociales se multiplicarán aún más. Por entonces, una airada protesta de los marineros fue acompañada con la toma de rehenes de varios dirigentes socialdemócratas, acción que fue consentida por el mismo jefe de la policía de Berlín, Emil Eichhorn, hombre de conocidas simpatías radicales.

La reacción del gobierno fue inmediata. De alguna manera, se trataba de una prueba de fuego en la que creía jugarse la confianza de sus aliados políticos. Decidido a escarmentar a los revoltosos, destituyó a Eichhorn, medida que poco le sirvió para desactivar el creciente malestar social y la agitación “roja” que había alcanzado su punto culminante.

El primero de enero de 1919, fusionados con otros sectores radicales, los “espartaquistas” del USPD fundaron el Partido Comunista de Alemania (KPD), cuya presencia militante y agitadora no tardará en protagonizar uno de los episodios más importantes del período, que marcaría a sangre y fuego



A pesar de ser reprimidas por el gobierno, marchas y protestas están a la orden del día. La presencia del Partido Comunista será determinante para el futuro político inmediato de Alemania.

el futuro político inmediato de la nación. Por entonces, el gobierno había convocado a una Asamblea Constituyente para consagrar las bases de la nueva República. Los comunistas agitarán de inmediato en su contra, denunciándola como una artimaña para consolidar el Estado burgués en crisis.

“La victoria de la clase trabajadora sólo puede alcanzarse por la revolución de los obreros armados” –proclamaba el nuevo KPD– *“Los comunistas somos la vanguardia. Esa revolución tiene que llegar porque la burguesía se dispone a defenderse y el proletariado tiene que elegir entre su esclavización por la burguesía y su dominación sobre la clase capitalista.”*

La llamada del KPD fue respondida por numerosos grupos de obreros que salieron a las calles. Gustav Noske, ministro de Defensa, movilizará entonces al ejército y a los Freikorps, una suerte de grupos de choque que contaban con el apoyo del ejército regular y el gobierno, para reprimir la revolución en ciernes.

El resultado fue un enero mortuorio, en el que la República ahogó a los revolucionarios en un baño de sangre. Los combates se prolongarán por varios

días, aunque su intensidad pronto fue controlada. En las calles de Berlín se luchará por la toma de edificios y el control de zonas y distritos, pero la superioridad de las fuerzas gubernamentales y la falta de adhesión generalizada de las masas a la revuelta condenará el intento comunista a un fracaso completo.

Las principales figuras de la fallida revolución, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, fueron asesinadas por los Freikorps el 15 de enero, a la vez que se allanaron y destruyeron los centros en los que se aglutinaban sus militantes, deteniendo y asesinando a cientos de ellos.

Neutralizada la revuelta roja, el gobierno revitalizará sus alianzas iniciales. La decisión demostrada al aplastar la agitación bolchevique le había otorgado, al menos por el momento, un renovado voto de confianza de la burguesía y los mandos militares. Contando con ese apoyo, creyó conveniente continuar con su proyecto de dotar a la naciente República de una Constitución que legitimara la nueva forma de gobierno.

Cuando aún no se habían apagado los ecos de la represión contra los comunistas, a mediados de enero de 1919 se reunió en Weimar, Turingia, la Asamblea Nacional para establecer una Constitución republicana. La base era el establecimiento de un gobierno democrático y federal, sostenido por una figura presidencial que debía durar en su mandato siete años, y un cuerpo parlamentario renovable cada cuatro. Con la mayoría asegurada, el 11 de febrero los socialdemócratas impusieron la elección como presidente de su candidato, Ebert, para dirigir un gobierno de coalición junto al Partido Católico del Centro y el liberal Partido Democrático Alemán. La República adoptó también una nueva bandera, la roja, negra y oro, en contraposición con la imperial negra, blanca y roja. De alguna manera, era la inhumación simbólica del viejo poder.

Reestablecido el “orden” político interno, los socialdemócratas dirigirán su política a reestructurar la economía alemana, implementando la reincorporación de los más de seis millones de soldados desmovilizados al aparato productivo. Además de fuentes de trabajo, crearon el prometido sistema de seguridad social y se empeñaron en atender a las víctimas de la guerra. La desocupación descendió abruptamente y la producción y el consumo renacieron proporcionalmente. De esta manera, y hasta la gran inflación de 1923, Alemania se recuperó a pasos acelerados.

Sin embargo, una gran nube se cernía sobre el país en marcha.

Los aliados que habían vencido a Alemania en la Gran Guerra comenzaron a definir los términos de la paz en Europa, con consecuencias funestas



En la ciudad alemana de Weimar se reunió la Asamblea Constituyente que sentó las bases para la República: un gobierno democrático y federal.

para los vencidos. En principio, según los dictámenes del Tratado de Versalles, Alemania perdía todas sus colonias ultramarinas y los territorios reclamados por sus vecinos, incluida Alsacia-Lorena que volvían a ser parte de Francia, al igual que los fronterizos Eupen, Malmédy y Moresnet.

También la región de Sarre quedó fuera de sus nuevos límites, tanto como Schleswig septentrional y Memel, los que pasaron respectivamente a jurisdicción danamarquesa y lituana. El nuevo mapa configurado tras la derrota determinó la ocupación militar de Renania por tropas inglesas, francesas y norteamericanas, y la creación del nuevo estado polaco significó la pérdida de Osen, un importante sector de la Prusia Occidental y la totalidad de la Alta Silesia. Danzig, finalmente, pasó a categoría de “ciudad libre”, bajo administración de la recientemente creada Sociedad de las Naciones.

En su conjunto, los territorios perdidos por los alemanes sumaban un poco más del 13% del viejo imperio, el 14% de las áreas cultivables y una décima parte de la población. Además, se le vedaba a Alemania todo tipo de unión con Austria y se establecían fuertes sumas de dinero en carácter de in-

Capítulo II

El Estado policial

Un hombre de Estado divide a los seres humanos en dos especies: primero instrumentos, segundo enemigos.

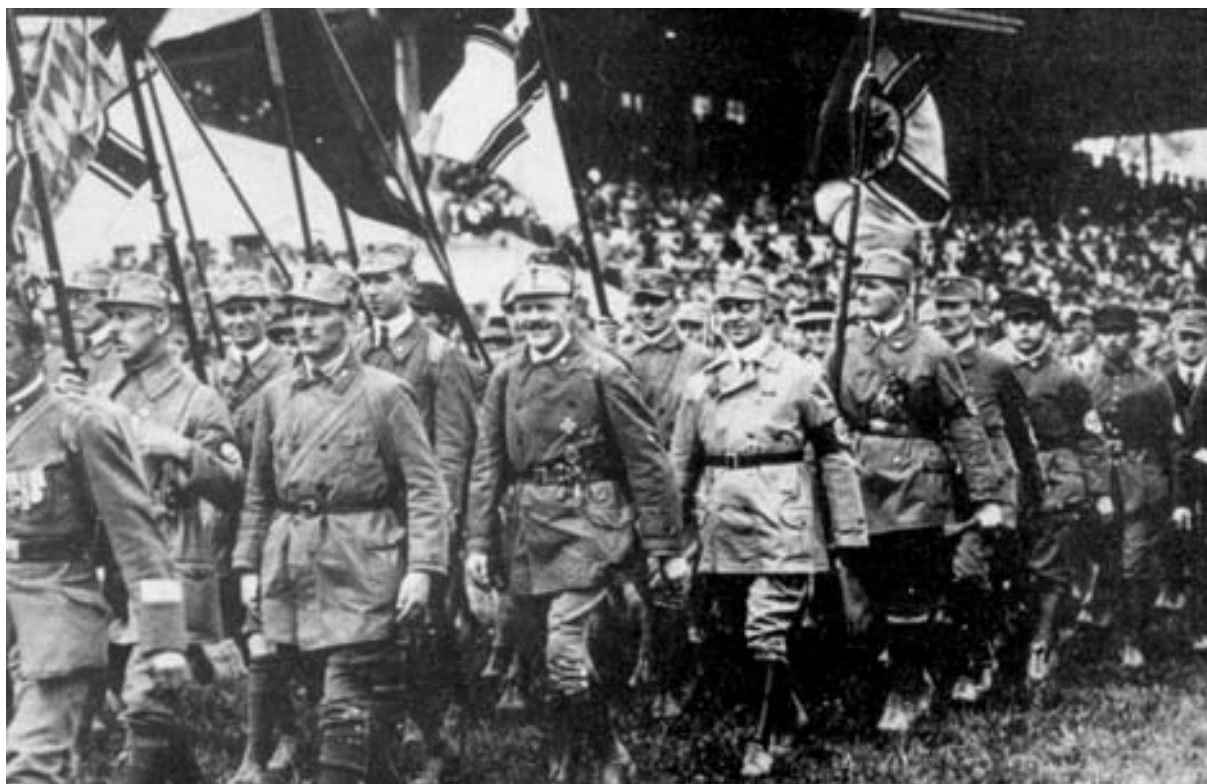
Propiamente no hay para él, por tanto, más que una especie de seres humanos: enemigos.

Friedrich Nietzsche

Tras su ascenso al poder, Hitler convirtió rápidamente a Alemania en un Estado centralizado y rigurosamente controlado. A la censura de la oposición partidaria le siguió un eficaz disciplinamiento de todos los órdenes de la vida social, política, económica y cultural del país. Los llamados “sindicatos libres” no tardaron en correr la misma suerte de los partidos políticos, y sus principales dirigentes terminaron masivamente en las cárceles del régimen o exiliándose en los países vecinos. También fueron suspendidos los convenios colectivos de trabajo e ilegalizadas las huelgas.

La regimentación de las clases populares se aceleró a pasos agigantados con el accionar de las bandas de camisas pardas que persiguieron a los trabajadores disconformes, a plena luz del día y en sus mismos puestos laborales. El mensaje era inequívoco: la ley de Hitler debía cumplirse por la fuerza de los decretos oficiales o por la violencia estatal o parapolicial.

Como fuera, no se aceptarían voces en contra. “*La institución más poderosa que quedó intacta*” –suscribe Kershaw– “*fue el ejército. No hubo purgas, ni ataques, ni intromisión alguna en 1933. Se trataba de un organismo*



Con el ascenso de Hitler al poder, todos los órdenes de la vida (económica, política y social) se sometieron a un fuerte disciplinamiento y militarización.

ante el que Hitler debía proceder con cautela, sobre todo mientras el presidente del Reich, Hindenburg, representara una posible fuente alternativa de lealtad militar”.

Un año después, Alemania toda quedó bajo la égida nazi, tan imperturbable como totalitaria. Ningún pilar de la antigua República de Weimar se mantuvo en pie: la operatividad de los partidos políticos había naufragado frente al partido del gobierno; las autonomías provinciales desaparecieron junto a sus legislaturas; la actividad sindical fue borrada y la justicia perdió su independencia.

También los medios de comunicación masiva fueron absolutamente adictos al nuevo régimen. Hacia 1933, en Alemania existían unos 3.500 diarios y revistas, la mayoría para los lectores de las ciudades en los que se hacían; sus ediciones, pues, eran de tirada reducida y en muchos casos de elaboración casi artesanal. En la cima del poder, los nazis se abocaron a la captación de estos medios de comunicación de masas, tras clausurar en un primer movimiento unas 200 publicaciones socialdemócratas y otras 35 comunistas.

La regimentación de la prensa escrita se logró con una efectiva nazificación a través de dos caminos: por un lado, con la concentración de la propiedad de la prensa en manos de unos pocos empresarios adictos al régimen; por otro, a través de una legislación que, implícitamente, prohibía la libertad de expresión.

De hecho, la Ley de Editores de 1933 subrayaba que “*Los directores de periódicos tienen la responsabilidad profesional y responsabilidad ante las leyes civiles y penales por el contenido intelectual de la publicación, tanto si es obra suya como si han accedido a su publicación*”. En otros términos, quedaba pendiendo sobre sus cabezas, a manera de amenaza, los contenidos de cualquier artículo.

Los directores, pues, se cuidaron de no introducir en sus publicaciones cualquier texto que pudiera herir la sensibilidad oficial. Más aún, Goebbels, ministro de Propaganda, daba todos los días instrucciones a los diarios y corresponsales sobre qué noticias publicar y cuáles suprimir, cómo redactarlas e, incluso, en muchos casos, hasta el texto de los titulares que debía encabezar las informaciones más relevantes.

La ley de prensa del Tercer Reich subrayaba, además, que los directores de los diarios y revistas “*debían ser de raza aria, limpios, alemanes y no estar casados con judías*”. Autores literarios consagrados, judíos o antinazis declarados, debieron armar sus valijas rápidamente para no dejar sus huesos en alguna prisión o campo de concentración: Heinrich Mann huyó a Francia; Arnold Zweig a Checoslovaquia y Bertolt Brecht a Suiza.

Entre los artistas plásticos se dio un fenómeno similar. Las obras de vanguardistas como Klee, Kokoschka, Macke y Kandinsky, entre otros, fueron sacadas de la exposición pública en muestras y museos. Para ninguno de ellos había lugar en el diseño del nuevo universo cultural nazi que abominaba de todo aquello que oliera a vanguardia artística. De ahora en adelante, la música, la pintura y las letras sólo podían exaltar en sus obras las tradiciones auténticamente germanas. Claro que floreció, además, un arte de culto alrededor de la figura del Führer, consagrado en canciones, telas y relatos de una teatralidad acorde con la del gran mentor.

La educación tampoco escapó del devenir de las otras instituciones del Estado: la instrucción fue indisimuladamente dirigida a formar nuevas camadas de jóvenes según el modelo racista y militarista del nazismo. *Mein Kampf* se convirtió en texto oficial y los directores y rectores de escuelas y universidades fueron impuestos por el mismo gobierno según su agrado. Corolario de es-

ta política educativa fue la quema, en la noche del 10 de mayo de 1933, de unos veinte mil libros “excomulgados” de la fe nazi; quema en la que participaron autoridades y estudiantes fanatizados que armaron una gran pira con los textos de autores como Thomas Mann, Albert Einstein, Jack London, Helen Keller, Emile Zola y Marcel Proust, los que por su origen judío, militancia de izquierda o defensa de los valores democráticos fueron identificados como un mismo enemigo común de la Alemania nazi. Quedaba, pues, prohibido cualquier libro que obrara contra el futuro alemán, la patria y “*las fuerzas impulsoras del pueblo*”.

Además de educarse en la exaltación de valores físicos y raciales propios de los alemanes, los niños de 6 a 10 años debieron prepararse para su posterior ingreso a la Juventud Hitleriana, preludio del servicio militar obligatorio. Las muchachas alemanas no eran discriminadas y tenían un entrenamiento tan intenso como el de sus compañeros. Al grado que desde 1939 el enrolamiento también fue obligatorio para ellas.

El esfuerzo de la dirigencia nazi para captar a la juventud no fue en vano y cinco años más tarde controlaba un enorme ejército de 7.700.000 jóvenes hitlerianos de ambos sexos.

El propio Hitler, en un discurso de 1938, reseñaba sin inmutarse el devenir de esa juventud: “*Esos muchachos ingresan en nuestra organización a los diez años de edad y reciben por primera vez una bocanada de aire fresco; luego, cuatro años después, pasan de la Jungvolk a las Juventudes Hitlerianas y les tenemos allí otros cuatro años. Y entonces estamos menos dispuestos aún a volver a ponerles en manos de los que crean barreras de clase y de condición, así que preferimos meterles inmediatamente en la SA o en la SS... y si están allí dieciocho meses o dos años y todavía no se han convertido en unos verdaderos nacionalsocialistas, entran en el Servicio del Trabajo... Y si, al cabo de seis o siete meses, hay aún restos de conciencia de clase u orgullo de condición, entonces la Wehrmacht se encargará del tratamiento posterior durante dos años y cuando regresen al cabo de dos o cuatro años, para impedirles volver a recaer en los viejos hábitos los metemos inmediatamente en la SA, la SS, etc., y no volverán a ser libres en el resto de su vida*”.

La exaltación nacionalista tuvo su correlato inmediato con el hostigamiento de los miembros de otras nacionalidades, religiones, razas y culturas, siendo la población judía la más perseguida aunque no la única. Si bien los judíos no sufrieron de inmediato una política de exterminio físico, fueron víctimas de todo tipo de vejaciones que preludiaron el Holocausto posterior.

Desde el gobierno, la promulgación de la Ley de Esterilización; la disolución de la Liga Católica; el arresto de monjas y sacerdotes por supuestos comportamientos inmorales o tráfico de divisas extranjeras y la prohibición de publicaciones católicas, marcaron el campo de acción oficial contra la Iglesia católica, complementado por la quema ocasional de algunos templos, interrupción de oficios religiosos y ataques individuales a sacerdotes perpetrados por los camisas pardas.

Congregaciones menores, como la de los Testigos de Jehová, corrieron incluso peor suerte. En todos los casos de gansterismo nazi, las bandas y secciones de choque y asalto paraestatales cumplieron un rol de vanguardia.

El tiempo de la Gestapo

Si la SA conformó una fuerza auxiliar pionera, la Geheime Staatspolizei (Policía Secreta del Estado), más conocida como Gestapo, constituyó una incorporación central para la consolidación de Hitler en el poder.

La Gestapo fue fundada en abril de 1933 por Hermann Göring, ministro presidente de Prusia y uno de los principales lugartenientes de Hitler. La base de su estructura fue la sección política de la policía de la antigua República de Weimar, a la que otorgó legitimación legal para sus actividades de persecución, represión, tortura y muerte.

El objetivo de la Gestapo era inequívoco: perseguir a los oponentes al régimen, incluso a los que estuviesen dentro del propio partido.

La Gestapo debía trabajar en connivencia con el Servicio de Seguridad, que se encargaba de realizar las investigaciones sobre las personas e instituciones respecto de las cuales luego operaba la Gestapo, arrestándolos en cárceles y campos de concentración o asesinandolos.

El primero de abril de 1934, Heinrich Himmler, que dirigía la rama paramilitar de la SS, tomó el control de la Gestapo. Iniciaba así una concentración de poder que lo llevó, el 16 de junio de 1936, a conducir el conjunto de las fuerzas policiales alemanas.

A partir de ese momento la SS se fue entrometiendo aún más en las estructuras policiales y militares alemanas, en sus funciones de resguardo de la seguridad nacional.



Mirada de hielo. Herman Göring, fundador de la Gestapo. Esta organización fue creada con el fin de perseguir a los opositores al régimen.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la SS acogió a una nueva sección, la Reichssicherheitshauptamt (Oficina Principal de Seguridad del Reich), cuya sigla era RSHA. Esta incorporación la convertía en una herramienta casi omnipotente al servicio de los planes racistas que Hitler pretendía poner en práctica en la Europa controlada por los nazis, y entre los que se encontraba el exterminio del pueblo judío y de otras minorías consideradas como “indeseables”. Así, pues, la SS comenzó a dirigir, en la práctica, los campos de concentración militares, incluidos los de exterminio.

Los primeros campos de concentración brotaron como hongos durante el primer año de gobierno nazi, alcanzando a finales de 1933 actividad en unos cincuenta en función de “custodia protectora” de unos 30.000 presos. Muy pronto los prisioneros serían millones.

Los primeros campos se establecieron, en verdad, en zonas densamente pobladas y en edificios y fábricas de gran envergadura que se hallaban abandonadas. Como un símbolo de los tiempos, los establecimientos cerrados por la crisis económica terminaron albergando a los señalados como causantes de la misma.

Capítulo IV

La resistencia

*A vos os corresponde destruir al infame político
que convierte el crimen en virtud.*

Voltaire

La militancia de izquierda, sobre todo la comunista, no se mantuvo en una actitud pasiva ante el desarrollo del terror nazi, aunque ciertamente fue muy poco lo que pudo hacer para detener la represión que se descargó sobre ella. Opositores irreconciliables, su labor terminó limitándose a una persistente campaña de propagandización contra los nacionalsocialistas, sobre todo con la divulgación de folletos en donde advertían sobre las características de un régimen que, según evaluaban con acierto, arrastraría a toda Alemania a un baño de sangre.

Aunque arraigados en numerosos sindicatos obreros, su propaganda en pos de una huelga general para terminar con la dictadura nazi no tuvo mayores repercusiones, más aún después del incendio del Reichstag y la ilegalización del Partido Comunista. Las bandas de camisetas pardas, tal como exigiera Hitler, se habían adueñado de las calles, impidiendo por la fuerza la acción de los militantes de izquierda quienes cada vez tenían mayores dificultades para repartir los volantes, folletos y prensa que clandestinamente publicaban. En el mejor de los casos, cuando lograban realizar pintadas callejeras con

consignas antinazis —actividad que implicaba poner en riesgo la propia vida— las distintas formaciones paramilitares se encargaban de tapparlas de inmediato con brea. Si entre febrero y marzo de 1933 el KPD estaba desarticulado, en el resto de ese año fue prácticamente borrado.

No obstante, con el tiempo, los comunistas se fueron reorganizando en múltiples sociedades secretas y círculos de resistencia que paulatinamente comenzaron a operar en territorio alemán. Entre estos se destacó el Grupo Schumann, que operó en la ciudad de Leipzig entre 1939 y 1944.

Su inspirador fue George Schumann, cerrajero de profesión y funcionario del KPD; representante partidario en el parlamento local, había sido apartado de la organización por sus marcados desacuerdos con la orientación dogmática del KPD. No fue el único en correr esa suerte; también había sido expulsado del partido Otto Engert, carpintero de profesión y miembro del parlamento de Turingia. Desde la época de la República de Weimar, ambos habían cimentado una común relación con Kurt Kresse, mientras trabajaban para el *Diario sajón de los obreros*.

Cuando en 1939 Schumann fue liberado del campo de concentración de Sachsenhaus, los tres amigos comenzaron a trabajar en una misma dirección: congregar a los diseminados ex camaradas del partido y a los grupos disidentes de Leipzig. Para aventar sospechas y cuidar la seguridad de la empresa, convocaban a sus reuniones bajo el inofensivo lema de “*Trabajo mediante la alegría*”. Muy pronto mantuvieron contactos con grupos antifascistas de la región, como así también de Dresden, Halle, Magdeburg y Breslau.

Asimismo, especialmente por la experiencia personal de Schumann, sus redes se extendieron al interior de los campos de concentración. Sus actividades eran las típicas de los grupos de protesta: repartían volantes en las fábricas exigiendo el fin de la guerra y del régimen nacionalsocialista, propiciando la inactividad en el trabajo en una llamada a la solidaridad con los prisioneros de guerra y de los extranjeros sometidos a trabajos forzados. A ellos les correspondieron los pequeños pero significativos actos de sabotaje en minas y canteras, y en algunas fábricas de armamentos. También mantenían contactos con otras organizaciones de la resistencia, como el Comité Internacional Antifascista y los grupos animados por la dupla Saefkow-Jacob, en Berlín, y por Neubauer, en Turingia.

Durante los años 1943 y 1944 el Grupo Schumann distribuyó numerosos volantes relacionados con las posibles medidas de sabotaje y protestas que

se podían realizar en los puestos de trabajo, haciendo especial hincapié en el rechazo de la extenuante jornada laboral de 72 horas semanales.

A partir de marzo de 1944 publicaron tres series de folletos bajo el título de “Resistencia contra la guerra y el dominio nazi”, con los que se propusieron agrupar a todos los opositores en un mismo y gran movimiento bajo las consignas unificadoras de derrocamiento de la camarilla nazi, instauración de un gobierno popular y vigencia de todos los derechos ciudadanos. Proclamaban, a la vez, la necesidad de fundar una República Socialista Alemana que garantizara el control obrero de las fábricas, la unidad de acción de los partidos obreros y la constitución de nuevos sindicatos libres.

Las prácticas clandestinas del grupo les permitieron continuar con su actuación durante casi cinco años, aunque esa misma clandestinidad los marginó de convocatorias más importantes y efectivas. La Gestapo, no obstante, pudo individualizar sus actividades y a mediados de julio de 1944 logró desarticular el grupo, tras la detención de sus principales dirigentes y poco más de cien simpatizantes. Schumann, Engert y Kresse, caídos también en las redadas, fueron trasladados a Dresden, donde finalmente murieron ante un pelotón de fusilamiento en la primera quincena de enero de 1945.

Otro importante núcleo de resistencia de origen comunista fue el llamado Grupo Saefkow-Jacob, aglutinados alrededor de las figuras del ingeniero Anton Saefkow y de Franz Jacob. Saefkow había sido uno de los tantos funcionarios del KPD durante la República de Weimar que terminó recluido en un campo de concentración en un período que se prolongó entre los años 1933 y 1939. Jacob, por su parte, había ingresado tempranamente en la clandestinidad, dedicándose sin mayor éxito a formar un grupo de resistencia. La Gestapo descubrió sus actividades y desbarató rápidamente la embrionaria organización, aunque no pudo capturar a su principal inspirador.

Posteriormente, en 1943, Jacob y Saefkow unieron sus esfuerzos para organizar una nueva red de células ilegales en docenas de fábricas en Berlín, especialmente en aquellas destinadas a producir material bélico, en las que se encargaron de sabotear la producción y distribuir volantes y panfletos contra la guerra.

A partir de mayo de 1944, el grupo logró obtener una pequeña máquina de imprenta con la que redobló su propaganda contra la continuación de la guerra. Con dificultades técnicas y limitaciones devenidas por la peligrosidad de portar materiales de oposición, se las ingenieron no obstante para dis-



Un cartel advierte la presencia de “guerrilleros” en la carretera. Las actividades de sabotaje y resistencia contra el dominio nazi y la guerra se llevaron necesariamente a cabo desde la clandestinidad.

tribuir sus “Cartas al soldado”, especialmente entre los miembros de las fuerzas armadas. Las actividades del grupo fueron interrumpidas al ser descubiertos por la Gestapo en julio de 1944, paralelamente al desbaratamiento del Grupo Schumann.

Como era previsible, el Tribunal del Pueblo condenó a Saefkow y a Jacob a muerte el 5 de septiembre de ese mismo año, cumpliéndose la ejecución 13 días más tarde en la prisión de Brandenburg-Görden. El resto de la organización no sobrevivió al golpe, ya que por entonces más de sesenta de sus miembros habían caído en manos de los servicios de seguridad nazi.

Aun antes del inicio de la guerra, algunos militantes comunistas fueron reclutados para desarrollar tareas de espionaje en previsión de las hostilidades que se avecinaban. Entre los grupos que se consagraron especialmente a

estas tareas sobresalió por su organización y eficacia la antológica Orquesta Roja, que contaba entre sus máximos mentores con el judío polaco Léopold Trepper.

La Orquesta Roja fue sin dudas la mayor red de espionaje antinazi al servicio de los comunistas soviéticos, al grado de convertirse en una verdadera pesadilla para la Gestapo.

Constituida a partir de los círculos militantes dirigidos por Harro Schulze-Boysen, Arvid Harnak y Adam Kuckhoff, y bajo la iniciativa del general Berzine, jefe del Servicio de Información del Estado Mayor del Ejército Rojo, extendió sus actividades hasta el 8 de mayo de 1945, habiendo tejido una espesa trama de colaboradores no sólo en Alemania y Japón, sino también en casi todos los territorios ocupados por los nazis.

Infiltrados en puestos claves de la organización política y militar alemanas, lograron enviar en mensajes cifrados informaciones de gran importancia estratégica, como la fecha y la dirección de la inminente invasión alemana a Rusia, aunque Stalin no diera crédito a los informantes. Posteriormente, revelaron a los rusos detalles de los planes estratégicos de la Wehrmacht aportando datos que resultaron excepcionales para alcanzar las victorias en Moscú y Stalingrado. También dieron aviso de planificaciones de ataques aéreos, informes sobre la situación de la industria de guerra alemana y el desplazamiento de tropas en los diferentes frentes.

Las andanzas de la Orquesta Roja sacaron de quicio a Hitler, quien llegó a reconocer con furia el 17 de mayo de 1942: *“Los bolcheviques son superiores a nosotros en un solo campo de acción: el espionaje”*.

La Gestapo, empero, pudo descubrir algunos compartimentos de la red, y aunque apeló a todo su potencial represivo de torturas y fusilamientos jamás pudo desarmarla del todo. Algunos de los integrantes de la Orquesta Roja en Bélgica y Francia continuaron operando, y en Holanda sus estructuras quedaron prácticamente intactas. La mayoría de los miembros en Alemania que fueron capturados murieron ejecutados entre 1943 y 1944, cuando la maquinaria de guerra hitlerista ya estaba herida de muerte.

Por su parte, los socialdemócratas, completamente desarticulados desde lo organizacional, apenas atinaron a conformar algunas sociedades amparadas, las más de las veces, bajo actividades deportivas o sociales que no constituyeron en sí mismas ningún peligro real para el régimen. Su labor de resistencia quedó confinada casi a una tarea de supervivencia, expectante de un

cambio de situación que en lo inmediato no llegó a concretarse. Como organización política y social, la socialdemocracia fue literalmente borrada de Alemania; mucho menos acostumbrados y entrenados que los militantes comunistas a las actividades clandestinas, carecían de capacidad para establecer acciones de ese cariz.

Así las cosas, los restos de la socialdemocracia estuvieron muy lejos de mantener una postura de resistencia activa, manteniendo una posición de bajo perfil e intentando pasar inadvertida para los servicios secretos del régimen. Muchos socialdemócratas, empero, se alistaron a otros grupos de oposición, como de judíos y comunistas, actitud que resaltaba aún más la evidente liquidación de su propio partido.

Las detenciones masivas de los principales dirigentes socialdemócratas, el exilio voluntario o forzado de sus cuadros más conocidos y las golpizas que generosamente los nazis propinaron a los sospechados de simpatizar con ellos hicieron el resto. Sumida en la clandestinidad, la otrora poderosa socialdemocracia apenas pudo reagruparse detrás de una frágil red de resistencia ensimismada principalmente en las tareas de autopreservación, virtualmente abandonando su militancia la denuncia y la organización de masas.

La división en las filas de la izquierda también constituyó una traba de envergadura a la hora de plantearse una resistencia efectiva contra el régimen. Ya a mediados de 1934, algunos dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán en el exilio admitían sin ambages que *“la debilidad de la oposición es la fortaleza del régimen”*. La confrontación notoria entre socialdemócratas y comunistas, y entre estos y los anarcosindicalistas y trotskistas es una evidencia tan dramática como elocuente.

Pero si las diferencias políticas entre comunistas y socialdemócratas eran severas, los recuerdos de las represiones del enero sangriento de 1919, de las del Ruhr en 1920 y de la sublevación de Hamburgo de 1923 hicieron irreconciliable cualquier postura. La sangre derramada construyó un muro inviolable. Desde entonces y durante casi una década, los comunistas sostuvieron la línea oficial de la Internacional, tachando sin más a los socialdemócratas de “socialfascistas” por su connivencia con las élites conservadoras, inaugurada expresamente durante la República de Weimar por el entonces presidente Ebert.

Tal caracterización, consecuentemente, estableció un abismo entre ambos partidos que hizo imposible cualquier intento conjunto de resistencia frente al

nazismo. De hecho, durante los primeros años de la década de 1930, los comunistas continuaron creyendo que el mayor peligro eran los socialdemócratas y no los nazis. Como agravante, las masas trabajadoras y de desocupados sin partido y amplias franjas de la clase media observaron atónitas como las dos mayores organizaciones que se disputaban su representatividad combatían entre sí, mientras la ultraderecha nacionalista ganaba terreno.

En 1934, sin embargo, la política oficial de la Internacional Comunista varió drásticamente, abriendo un compás de acercamiento progresivo del PC hacia la socialdemocracia y los partidos burgueses no nazis, en un tardío intento de conformar un frente común antifascista. La nueva estrategia comunista, en el marco de un período en el que comenzaba a escasear la comida en los centros industriales, reflató cierta resistencia activa, pero muy pronto se rompió en pedazos. El punto de fricción lo constituyó el oportunista pacto de no agresión que en 1939 firmaron los gobiernos de Joseph Stalin y Adolf Hitler, refrendado por sus respectivos representantes, Vyacheslav Molotov y Joachim von Ribbentrop. El pacto, a las claras una auténtica patraña política en busca de tiempo para prepararse para un enfrentamiento definitivo y que



El 24 de agosto de 1939 Molotov (sentado) firma el pacto de no agresión entre la U.R.S.S. y Alemania con Joachim von Ribbentrop (de pie en el centro) secundado a su izquierda por Joseph Stalin y a su derecha por Boris S. Shaposhnikov y Richard Schulze.

Capítulo V

Los años de tibieza: 1937-1939

*¡Ordena lo que quieras, espíritu celestial!
Pero no me sumas en la desesperación.*

Johan Wolfgang Goethe

La efectiva nazificación de todas las estructuras sociales y culturales del país, sumada al apoyo verdaderamente de masas alcanzado por el nacionalsocialismo le dio a los nazis un poder extraordinario, severamente custodiado por una red represiva hasta entonces desconocida. Ninguna expresión de oposición y resistencia podía atravesar semejante valla, y los intentos, como hemos visto, sólo podían aspirar a una limitada propaganda y a sostener precariamente tareas de supervivencia. La formación de organizaciones políticas y sociales que se opusieran activamente al nuevo Reich milenarista de Hitler constituía una utopía que invariablemente se frustraba en el primer eslabón de la cadena: los individuos que lo llevarían adelante. No se trataba, pues, de falta de proyectos políticos alternativos; los mismos no llegaban siquiera a plantearse un desarrollo porque la Gestapo, simplemente, barría con la libertad y la vida de los que supuestamente lo encarnarían. Para la oposición y resistencia bajo la dictadura nazi lo primero era vivir.

En este contexto, la prosecución de cambios sustanciales se convirtió en

una quimera. Cualquier tentativa estaba condenada al fracaso si no se contaba, por lo menos, con una estructura concreta y con fuerza propia que disputara el poder. Muchas miradas, entonces, viraron hacia las fuerzas armadas.

Ninguno de los sectores políticos y sociales que acompañaron y saludaron gozosos el advenimiento de Hitler al poder hizo esfuerzos comunes para detenerlo, limitándose, en el mejor de los casos, a puntualizar molestos algunos elementos que le resultaban particularmente disonantes. Pero, en concreto, ni las instituciones eclesiásticas católicas y protestantes, ni las cámaras empresariales y financieras, ni las elites políticas conservadoras se opusieron inequívocamente al régimen. En todos los casos, tenían fundados argumentos para apoyar al nuevo orden y la ingenua ilusión de controlarlo, influenciando en su posterior evolución.

Por lo pronto, permitieron que realizara sin mayores interferencias el trabajo sucio de disciplinamiento político y social. En muchas de esas cúpulas, por entonces anidaba la confianza de una futura interrelación que nunca llegaría.

Las fuerzas armadas tampoco fueron una excepción y, en verdad, no existían razones para que así no fuera, dado que el sector militar se ungió como el más beneficiado con el ascenso de los nazis. Hitler tuvo, en efecto, una política de revalorización de la institución como ningún otro gobierno la había tenido desde el desastre de la Gran Guerra, y cumplió a pie juntillas la promesa que formalmente le realizó a los altos mandos en febrero de 1933: *“En los próximos cuatro o cinco años el principio básico ha de ser: todo para las fuerzas armadas”*. Para los devaluados militares alemanes la propuesta de Hitler sonó como una ópera wagneriana. A cambio, el Führer recibió el 2 de agosto de 1934 un juramento de lealtad que gravitará, en el futuro, como una carga tan pesada como irrenunciable.

Concretado el fatídico pacto, Hitler no les fallará en nada. Primero resolvió a conveniencia del generalato superior la crisis suscitada con la SA, haciendo correr ríos de sangre de quienes pretendían subsumir el ejército a las bandas de camisas pardas. La purga de la SA incluyó también a dos militares conservadores –Von Bredow y Von Schleicher– que no veían con buenos ojos al Führer, pero aunque este hecho no pasó inadvertido para unos cuantos generales, la buena relación no se interrumpió ni se vio mayormente afectada. Posteriormente, reestablecida la autoridad natural de los militares, Hitler llevó adelante una política de rearme y reestructuración operativa y de poder de fuego a un nivel aun superior al que tuviera la institución en las glo-



Obligados a jurar lealtad. Ya sea por temor a la represión o por la ingenuidad de querer “cambiar desde adentro”, no hubo ningún sector social o político que se opusiera abiertamente al nazismo.

riosas épocas de Bismarck, y para ello no dudó en contravenir los límites y exigencias impuestos por los aliados en el Tratado de Versalles. Así, el 16 de marzo de 1935 reestableció el servicio militar obligatorio para todos los alemanes de 18 a 45 años de edad, y la formación de una nueva fuerza aérea, la Luftwaffe, a la que no tardó en proveer de equipos, financiamiento y tecnología suficientes para convertirla en muy poco tiempo en una fuerza capaz de disputar la hegemonía de los cielos europeos.

En paralelo, extendió la estructura del ejército con la creación de tres Gruppenkommandos, 12 cuerpos de ejército y la multiplicación de nuevas divisiones, 36 en total, 15 más de las que el propio Estado Mayor propuso. Finalmente, Hitler promovió una remozada flota naval, tras negociar hábilmente con el gobierno británico la progresiva incorporación de naves modernas. Al cabo de unos pocos años, el otrora desaparecido ejército alemán de posguerra se había transformado en la floreciente Wehrmacht.

Al proceso de modernización de las tres fuerzas armadas le continuó una política activa de expansión de las propias fronteras, basada en el protago-

nismo excluyente de los uniformados. La remilitarización de Renania en marzo de 1936 fue el primer paso de una escalada que, en los dos años venideros, sólo cosechó triunfos casi incruentos para el nuevo ejército germano.

Con el cumplimiento de las promesas realizadas a los militares y la remilitarización de Renania, festejada efusivamente por casi toda la sociedad alemana, Hitler había logrado por el momento el apoyo manifiesto de importantes sectores de las fuerzas armadas y, por lo menos, la no oposición de algunas camadas de oficiales de vieja tradición prusiana.

Sin embargo, esta situación no se mantuvo inalterable y cierta ambigüedad fue tomando cuerpo en la cúpula militar. Por un lado, contaban gracias a Hitler con una fuerza poderosa que había llevado al ejército alemán a recuperar parte de su orgullo devaluado. En este sentido, ningún jefe ignoraba que si durante la República de Weimar el ejército apenas había sido una sombra, ahora volvía a ser parte esencial de la nación. Por otro, las prácticas políticas habituales de los nazis, con su pasmosa falta de ética, salpicaban de continuo la tradición profesionalista de la vieja escuela prusiana que, representada por la generación más antigua de los mandos militares, tenía una presencia hegemónica en todos los cuadros de la institución.

Esta ambigüedad fue creciendo en las sombras, pero sin que afloraran signos de fricción. Por lo pronto, continuaron respondiendo a los beneficios que Hitler les dispensó con la preparación de una fuerza impecablemente organizada y disciplinada. Si había malestar, los síntomas aún no aparecían.

Todo cambió, no obstante, en 1937. Los planes militaristas en gran escala de Hitler comenzaron a alarmar a los viejos generales que, con la experiencia de la Gran Guerra aún fresca en sus retinas, temieron echar por la borda todo lo conseguido recientemente. En algunos de los oficiales más importantes de la Wehrmacht la inquietud tomó forma de limitada oposición al Führer y la resistencia de los mandos dio entonces sus primeros balbuceantes pasos.

Beck: el ocaso del viejo general

La cúpula mayor del ejército estaba conformada por tres hombres de gran influencia entre sus subordinados: el general Werner von Blomberg, ministro de Guerra del Reich; el general Werner Freiherr von Fritsch, jefe del Ejército, y el general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor General. En verdad,

ninguno de ellos había rechazado de plano el nazismo y a su máximo líder. Y como sucederá con otros tantos altos oficiales, prefirieron achacar lo que consideraban descabellados planes militaristas a la influencia de un grupo de nazis fanatizados, arribistas sin experiencia y aventureros. En todos los casos, además, se distanciaron de los aduladores de Hitler por su origen plebeyo y su absoluta falta de tradición familiar en la conducción de los destinos del país.

Confiaron, por lo tanto, en poder desplazarlos y convencer al Führer de los riesgos de tales empresas. Los alentaba, para esto, la experiencia pasada cuando se suscitó la crisis con la SA; en su imaginario, Hitler volvería a escogerlos a ellos. Dichas tensiones se pusieron de manifiesto con toda claridad en la reunión que mantuvieron el 5 de noviembre de 1937 los altos mandos de la Wehrmacht con Hitler, y en la que éste dio cuenta, en un extenso y exaltado monólogo, de sus planes de conquistar lo que había denominado el “espacio vital” del Reich: un territorio que se extendía más o menos indefinidamente hacia el oriente alemán. En la perspectiva del Führer, los primeros pasos serían la anexión de Austria y Checoslovaquia; Danzig y Polonia aguardarían la llegada de un segundo turno que en la planificación de Hitler no estaba demasiado lejos.

La reacción del generalato fue para el Führer decepcionante. Los militares apoyaban la expansión alemana, pero sus mayores temores se emplazaban en la posibilidad de inmiscuirse en una guerra con Francia e Inglaterra de impredecibles consecuencias. Hitler escuchó sin mucha paciencia los comentarios y sugerencias de sus generales, y si bien calmó el desasosiego que le manifestaron, terminó de convencerse que con ellos no podría avanzar gran cosa; es más, molesto por haber sido contrariado, concluyó que a largo plazo constituirían un obstáculo en su camino. No obstante, por el momento, aguardaría una mejor oportunidad para sacárselos de encima.

El mariscal Von Manstein resumió posteriormente la situación que se planteó entre el Führer y sus mandos: *“Dos eran los principales motivos que ya en el curso de los últimos años de paz habían llevado a Hitler a cambiar de postura para con el ejército. Ante todo, el reconocimiento de que con el mando del coronel general Von Frisch (como también con el de Von Brauchitsch) el ejército se aferraba a sus conceptos tradicionales de sencillez y caballería y a su peculiar idea del honor militar... El segundo aspecto consistía en lo que más tarde habría de calificar Hitler con la frase consa-*

grada de ‘los eternos peros de los generales’, cuando no se le ocurría aplicar calificativos más mortificantes... Con ello, Hitler alardeaba de haber obtenido todas sus victorias políticas internacionales a contrapelo de sus generales”. Sin duda la aguda lectura de la situación realizada por Von Manstein tenía muchos visos de realidad.

Mientras tanto, Göring y Himmler acechaban interesados en acelerar el desplazamiento de los viejos generales, por quienes sentían un burlón desprecio. Su oportunidad no estaba demasiado lejos. Blomberg tenía una “mancha” en su expediente y la Gestapo y la SS la sabrán utilizar. El general se había enamorado perdidamente de Margarethe Gruhn, una jovencita de familia muy humilde a la que le había pedido casarse. Hombre sin muchos amigos y temeroso de la repercusión que tuviera su matrimonio entre la oficialidad aristocrática, consultó con Hitler la decisión tomada. El Führer lo apoyó sin reservas y, ante la sorpresa del enamoradizo militar, se ofreció como testigo de boda para aventar cualquier comentario malicioso. También propuso a Göring en calidad de segundo testigo. Blomberg no pudo menos que iluminarse. No sospechaba que tanta afectuosidad sería el paso previo a



Mariscal Werner von Blomberg. Hitler aprovechó los escándalos personales de ciertos militares para purgar el ejército alemán y volverlo más adicto al nazismo.

Capítulo IX

Una bomba bajo la mesa

*Ahora tengo por fin al cerdo que lleva
años saboteando mi tarea. Ahora tengo pruebas.
Todo el Estado Mayor está contaminado.*

Adolf Hitler

Al promediar 1944 la situación de los ejércitos alemanes en todos los frentes era de una gravedad alarmante. El desembarco aliado en Normandía asestó un nuevo golpe a las fuerzas de Hitler que comenzaron a retirarse hacia su propio territorio en casi todas las direcciones.

Al comenzar junio, los ataques aéreos aliados, preparatorios de la invasión, descargaron más de 14.000 toneladas de bombas sobre las defensas alemanas, a los que se les sumaron las descargas de la artillería naval dirigidas a completar el trabajo de saturación que preluvió el desembarco.

Para el 11 de junio, a sólo cinco días del desembarco propiamente dicho, ya funcionaba el primer aeródromo aliado en Francia y la cabecera de playa se extendía varios kilómetros, permitiendo la movilidad de casi 400.000 hombres y más de 54.000 vehículos. El dominio aéreo aliado también era total, al grado que en la primera semana se realizaron sin mayor oposición más de 35.000 operaciones de bombardeos estratégicos, hostigamiento y exploración. El empuje aliado fue tal que en poco más de dos meses París fue liberada.

En el frente oriental alemán la situación era igualmente devastadora, más aún después de las exitosas campañas rusas del verano y el otoño del año anterior. El III Reich y sus aliados mantenían una línea de combate casi recta de 2.000 kilómetros que se extendía de norte a sur desde Leningrado hasta la península de Crimea, y en la que participaron unos tres millones de combatientes.

Con la llegada de la primavera, el tinglado alemán del este comenzó a derrumbarse por completo cuando el Ejército Rojo recuperó las estratégicas regiones de Crimea y Ucrania, y liberó Leningrado junto con toda la zona de operaciones hasta Estonia. Era sólo el inicio del avance ruso.

Entre los meses de junio y julio siguientes, una fuerza de más de dos millones de soldados se abalanzó sobre los ejércitos alemanes situados en los sectores norte y centro, que padecieron el incesante hostigamiento de la artillería soviética conformada por miles de cañones de grueso calibre, a la que se le unieron fuerzas blindadas y aéreas muy superiores. Tal concentración de fuego sobre la Wehrmacht no podía arrojar otro resultado que pérdidas cuantiosas, aún mucho más severas que las experimentadas en Stalingrado durante el invierno de 1942-1943.

El Führer no podía creer los informes alarmantes que recibía a diario. Al general Heusinger, por ejemplo, le tocó la ingrata tarea de anunciarle, el 6 de julio, que de 12 a 15 divisiones propias se hallaban completamente cercadas por los soviéticos, con el presagio de que las pérdidas totales ascenderían a 28 divisiones.

Los testigos de dicha reunión coinciden en la afectación de Hitler al recibir la noticia de la muerte de casi 350.000 soldados, aunque de inmediato, tal su costumbre ante la adversidad, se recompuso diciendo con énfasis: *“Reconozco que es difícil imaginar una crisis más grave que la del este, pero lo solucionaremos. Las plazas fuertes sólo deberán defenderse hasta que podamos establecer más atrás un frente sólido”*.

A pesar de su inveterada negación, admitía explícitamente que sus ejércitos retrocedían. Pero la posibilidad de establecer un nuevo *“frente sólido”* no pasaba de ser una expresión de deseos.

El general Walter Model, encargado de semejante misión, apenas si contaba con unos 200.000 hombres para cubrir 350 kilómetros de frente de combate. El propio Hitler debió reconocer con desánimo: *“¡Hay más agujero que frente!”*.

OBJETIVO CAZAR al LOBO



Una brecha entre lo necesario y lo posible. El general Walter Model debía cubrir 350 km. de frente de combate con sólo 200.000 hombres.

Mientras tanto, el desmoronamiento de la Wehrmacht amenazaba alcanzar también a Prusia Oriental, donde comenzó preventivamente el éxodo de una multitud aterrada.

Pese a ser un cuidadoso, casi obsesivo, de su seguridad, Hitler decidió mudar su cuartel general, establecido en aquellos meses veraniegos en Berghof, en los Alpes bávaros, a la Prusia Oriental, en una actitud desafiante para con sus generales a los que no dejaba de recriminarles los fracasos militares propios. Los preparativos para acondicionar la llamada Guarida del Lobo, a ocho kilómetros de Rasterburgo (actualmente Ketzryn, Polonia) fueron apremiantes. Finalmente, el 15 de junio llegó Hitler con sus colaboradores.

En julio, alemanes y soviéticos continuaron librando encarnizadas batallas, e invariablemente los resultados fueron los mismos. La situación alemana en el oeste no era mejor. En el frente normando, el V Cuerpo norteamericano avanzaba lento pero seguro hacia Saint-Lo.

Ante este cuadro de situación, el propio mariscal Rommel, comandante del frente galo desde febrero, redactó un informe para el Comandante en Jefe de los ejércitos del Oeste en donde describía la situación de desgaste que imperaba en su sector. Rommel detalló que por entonces sus pérdidas sumaban 94.000 soldados y 2.360 oficiales, incluidos 28 generales y 358 jefes de

unidad, y que en compensación a tal sangría sólo había recibido 6.000 hombres de refuerzo. Puntualizó, a su vez, que las pérdidas de carros de combate ascendían a 225 unidades, habiéndole sido repuestos 17.

Para Rommel la situación era de una inminente crisis que, aunque sus fuerzas combatían con heroicidad, difícilmente podían revertirla sin una urgente ayuda. *“El enemigo está a punto de romper nuestra débil línea del frente y penetrar profundamente en el interior de Francia”*, informó alarmado, para subrayar con desánimo que *“Una lucha desigual se aproxima a su epílogo”*.

El otrora “zorro del desierto” concluyó el informe escribiendo con su propia mano: *“Creo necesario pedirle que saque todas las consecuencias de esta situación”*.

Rommel sabía que no podía esperar ninguna ayuda logística de Hitler, empeñado como estaba en sostener como fuera el frente oriental en donde se hallaban las más importantes fuentes de carbón y combustible. Su informe, pues, podía ser entendido como un pedido de urgente armisticio en el oeste, donde para el mariscal la guerra estaba irremediablemente perdida.

Pero de todas maneras no se hizo demasiadas ilusiones. Conocedor agudo de la forma de pensar del Führer, supuso que continuaría su cruzada a toda costa; tal como le dijera al almirante Ruge: *“Conozco al hombre. Continuará la guerra sin la menor piedad para el pueblo alemán mientras en Alemania quede una sola casa”*.

El informe de Rommel, previsiblemente, lo convirtió de inmediato en una figura indeseable para el círculo íntimo de Hitler, y por lo tanto pasible de sospechas conspirativas. Pero el mariscal, en verdad, había rechazado toda posibilidad de inmiscuirse en un atentado contra el Führer; para él, lo urgente era declarar una paz unilateral con los aliados en el frente occidental, evitando que la iniciativa militar aliada llegara en su impulso a territorio alemán. En eso, es cierto, se emparenaba con la posición de los militares antinazis.

Rommel, por otra parte, no estaba solo. Varios jefes de unidades coincidían con su postura. El conde Schwerin, por ejemplo, jefe de la 116ª División Acorazada, firmó un documento pidiendo la finalización de la guerra y la revocación inmediata del régimen, apoyado a su vez por el barón Von Luttwitz, otro de los jefes de la unidad.

El Führer rechazó con vehemencia estas solicitudes descargando sobre sus militares todo tipo de insultos y ocurrencias ofensivas –“*nobleza de almanaque*”, bautizó a estos últimos– aunque percibiendo con preocupación que una figura respetada por los mandos y la opinión pública como Rommel actuaba como amalgama de todos ellos. La desilusión, efectivamente, traspasó todas las capas militares alemanas, llegando inclusive a sectores de la SS. Jefes de la 1ª División Acorazada SS, como Bittrich y Meyer, terminaron acordando sin reservas con la evaluación del experimentado mariscal.

En este marco, ocurrió un incidente que alejó a Rommel de cualquier movimiento colectivo de oposición, aunque finalmente no pudo librarse de las sospechas de conjuras de la Gestapo.

El 17 de julio, tras haber realizado una inspección de la 1ª División Acorazada SS, Rommel se puso en camino para La Roche-Guyon. Lo acompañaban su chofer Daniels, el sargento Holke, el comandante Neuhaus y el capitán Lang. Mientras recorrían la carretera estatal Livarot y Virmortiers, cerca del pueblo de Montgomery, dos cazas-bombarderos aliados aparecieron en el cielo descargando sobre el vehículo toda su artillería. Las balas acertaron en el chofer, que murió de inmediato, provocando que el auto se desbarrancara en una cuneta. Rommel yacía a veinte pasos con una doble fractura de cráneo. Al recobrar el conocimiento se hallaba en el hospital de Bernay. De alguna manera, cuando tres días más tarde se realizó un nuevo atentado contra el Führer, se encontraba fuera de toda consideración su participación en el mismo.

Hacia principios de 1944, la represión interna y la propaganda contra el “gran enemigo rojo” contribuyeron a mantener aplacado todo intento serio de rebelión explícita contra Hitler. Sin embargo, el curso de la guerra hizo que cada vez más, tanto el alemán corriente como los mandos militares, se identificara a Hitler como el mayor obstáculo para alcanzar una paz conveniente.

Los desbordes de confianza en una victoria cercana que exhibía Hitler, completamente irreales, chocaban de plano con el creciente descontento y escepticismo de los mandos militares, los políticos del Reich y los ciudadanos comunes. Las ciudades destrizadas por los implacables bombardeos aliados constituían una evidencia que ya ningún discurso podía maquillar.

Von Stauffenberg, o la jugada final

Claus von Stauffenberg nació el 15 de noviembre de 1907 en Jettingen. Era el menor de tres hermanos que llevaban un apellido aristocrático cuyo origen podía rastrearse documentalmente hasta el siglo XIII.

Aunque los Stauffenberg no eran fervientes practicantes, el pequeño Claus creció bajo la influencia del catolicismo que tuvo un lugar en la educación que se impartía en el bellissimo castillo renacentista, propiedad de la familia.

Siendo un adolescente, no tardó en mostrar inclinaciones artísticas haciendo incursiones en la producción poética. Especialmente caros a su inspiración le resultaban los versos del poeta simbolista Stefan George, cuya revaloración crítica de la cotidianeidad burguesa de la época atrajo a una numerosa pléyade de jóvenes admiradores hacia una estética que volcaba su mirada a valores de cierto misticismo aristocrático, con el renacimiento espiritual de Alemania como estandarte.

“¡El Hombre! ¡La hazaña! Así se consumen el pueblo y los altos consejos.

¡No esperéis a aquel que cenó en vuestras mesas!

Quizá uno que durante años estuvo entre vuestros asesinos

Y durmió en vuestras celdas, se levantará y realizará la hazaña.”



El coronel Claus von Stauffenberg es quien llevará a cabo el atentado contra Hitler.

Como una premonición, George pulió el espíritu de sus seguidores con una nueva aurora que el nacionalsocialismo tomó como herencia propia, convirtiendo al autor en uno de sus artistas patrios más importantes. No resulta extraño, pues, que la generación que adoptó al poeta como guía espiritual se viera atraída, posteriormente, por el nazismo emergente en los años treinta.

Además de la poesía y la literatura –consumía ávidamente los clásicos grecolatinos en su idioma original– Stauffenberg mostró habilidades como músico y muy especialmente como ejecutor de violonchelo.

Como no podía ser de otra manera por su origen, también era un gran conocedor de los caballos y un entusiasta jinete, al grado de llegar a integrar el equipo olímpico ecuestre alemán.

No obstante el amplio universo de sus aptitudes, al que luego sumó la inclinación por la arquitectura, se decidió por la carrera de las armas, seguramente por respeto a la tradición de las elites prusianas. Tenía entonces 19 años.

Después de su paso inicial por el 17º Regimiento de Caballería ocupó primero una plaza en la Escuela de Infantería de Dresden y luego en la Escuela de Caballería de Hannover, para recibir en 1930 su nombramiento como subteniente. Ese mismo año conoció a Nina von Lerchenfeld, una jovencita de 17 años descendiente de la nobleza bávara, con la que contrajo matrimonio tres años más tarde.

En pleno ascenso del nazismo, la vida de Stauffenberg parecía un modelo de orden y progreso. Felizmente casado y recientemente ascendido a teniente, sólo la muerte de su maestro Stefan George, en diciembre, había echado un poco de bruma sobre su existencia. Fue quizá durante los funerales de George que experimentó un primer rechazo hacia los nazis, cuyos esfuerzos por apropiarse de su figura levantaban ciertos resquemores entre los discípulos más cercanos.

La llegada de su primer hijo al año siguiente, no obstante, volvió a poner las cosas en un lugar privilegiado. En 1936, cuando un nuevo hijo llegó a la pareja, Stauffenberg ingresó a la Academia de Guerra de Berlín, donde rápidamente se destacó en virtud de sus cualidades y concentración en el estudio, méritos que le permitieron iniciar el siguiente año con el grado de capitán de caballería. El porvenir, pues, le deparaba un futuro brillante como oficial del ejército.

El gobierno de Hitler lo sorprendió como a tantos otros jóvenes de su camada, viviendo con entusiasmo creciente el renacer de la Wehrmacht. Los

pesares durante la República de Weimar parecían superarse con la férrea conducción del nuevo Führer. De todos modos, sus inclinaciones políticas lo acercaban a la monarquía, seguramente como un síntoma más del elitismo que signó su formación inicial.

Desencadenada la Segunda Guerra Mundial, y tras haber servido en los Sudetes checos, Stauffenberg fue enrolado en la 6ª División Panzer que participó en las campañas contra Polonia y Francia, bajo el mando del mariscal de campo Erich von Manstein. En la primera de ellas tuvo conocimiento directo de las matanzas de civiles perpetradas por la SS, un antecedente de lo que más tarde, ya en el frente ruso, sería macabramente sistematizado. Serán esas experiencias opuestas a su formación las que cimentaron su espíritu opositor.

A pesar de su juventud, Stauffenberg había asimilado en pocos años una dilatada experiencia como especialista en suministros y planificación, experiencia que lo catapultó en 1940 a la Sección de Organización del Estado Mayor del ejército.

El crecimiento de la familia, por otra parte, parecía acompañar los progresos de su carrera: en mayo de 1938 había nacido su tercer hijo y en noviembre de 1940 llegó la primera niña; también su esposa se hizo entonces acreedora de una distinción oficial: la Cruz de Bronce a la Madre Alemana, que se otorgaba puntualmente a las mujeres que parían cuatro o más hijos.

Posteriormente fue destinado al frente oriental, y durante la Operación Barbarroja permaneció largamente en las estepas rusas. Los triunfos iniciales colmaron su entusiasmo, y a pesar de mirar desconfiadamente las expresiones racistas de los nazis, sus muestras de adhesión al Tercer Reich no parecían ofrecer notorias fracturas.

Todo cambiará, sin embargo, con el ulterior desarrollo de la guerra. No le temía a los horrores en el campo de batalla, pero los informes respecto de las matanzas que la SS perpetraba entre la población civil lo sobrecogieron una vez más. Nada le parecía más inútil y contrario a su visión militar; para él, los asesinatos de pueblos enteros, que en definitiva no hacían más que defender heroicamente su tierra, sólo podían enlodar la herencia ética y moral de la vieja escuela prusiana. Y lo que se inició como un malestar íntimo, pronto se convirtió en una franca hostilidad contra la conducción de la guerra. Por entonces, una carta de su hermano señalaba inequívocamente: *“Claus dice que primero tenemos que ganar la guerra. Pero después, cuando regresemos a casa, tendremos que acabar con la peste parda”*.

OBJETIVO CAZAR al LOBO

Posteriormente fueron decisivas sus experiencias durante la primavera de 1942, cuando la soldadesca de la SS fusiló a centenares de judíos ucranianos. Tampoco le pasaron inadvertidos los detalles de la campaña contra Stalingrado, Leningrado y Moscú, en donde toda la población masculina debía ser eliminada allí donde se la encontrase. La barbarie nazi, entonces, se le presentó en toda su dimensión.

El fracaso de la campaña alemana en Stalingrado, con el exterminio casi completo del VI Cuerpo de Ejército del general Von Paulus, lo convenció de que la guerra había ingresado en un callejón sin salida para Alemania. Detenerla comenzó a ser para él una necesidad imperiosa.

Tras la caída de Stalingrado, Stauffenberg pidió su traslado inmediato, a la vez que compartió con sus superiores las inquietudes que lo embargaban. Sin mayores cuidados, y tal vez no sospechando el peligro real que significaban sus comentarios, Stauffenberg sembró en el frente oriental las semillas de un disconformismo que aún inorgánicamente se desparramaba por todas las fuerzas del Reich.

Mientras tanto, sus superiores aceptaron trasladarlo, esta vez muy lejos de las frías jornadas rusas: su nuevo destino era en África, asignado a la 10ª División Panzer de Túnez. Tampoco el nuevo destino parecía tranquilo. Aún no lo sabía, pero se avecinaban para él dramáticos días.



La campaña a Stalingrado terminó en el fracaso más rotundo. A la falta de suministros se sumaron las terribles condiciones climáticas. Los soldados que no morían en el frente, lo hacían de hambre o de frío.

El 17 de abril de 1943 un caza británico ametralló su coche matando instantáneamente a su chofer; Stauffenberg, en cambio, salvó su vida milagrosamente pero sufrió la pérdida del ojo izquierdo y numerosas heridas que obligaron a amputarle de la mano y parte del brazo, la amputación de dos dedos de la otra mano y lesiones en el oído izquierdo y la rodilla. Tratado de urgencia en gravísimo estado, su favorable evolución permitió internarlo en el Hospital de Munich, donde fue dado de alta en agosto de ese mismo año.

Durante su estadía en el hospital, Stauffenberg recibió de manos del general Kurt Zeitzler, jefe del Estado Mayor del ejército, la Insignia Dorada por Heridas de Guerra. No fue la única visita ilustre; varios militares de alta graduación, interesados por sus conocidas posturas críticas, se preocuparon personalmente por su futuro. Sabían que por su estado físico y sus condiciones como estratega no podía tener otro destino que el Estado Mayor del Ejército, un sitio inmejorable para conspirar contra el Führer.

Entre los visitantes se hallaba el general Friedrich Olbricht, jefe del Estado Mayor de la Oficina General de Guerra de Berlín, la “Allegemeines Heeresamt”, una de las principales cabezas de un pequeño grupo opositor a Hitler. Por informes que había recibido, Olbricht, que por entonces había perdido a su hijo en el frente occidental, sabía que bien podía ganar un nuevo recluta para la resistencia.

Stauffenberg aceptó el reto: había llegado a la conclusión de que el único modo de librar a Alemania de un desastre completo era eliminando la jefatura del Führer.

El 9 de agosto, una vez repuesto de sus heridas, se dirigió a la capital para ponerse a las órdenes de su nuevo comandante. Era tal su ansiedad para sumarse al complot que hasta suspendió varias veces la colocación de una prótesis que ocuparía el lugar de su desaparecida mano. Para principios de septiembre, Stauffenberg ya había sido presentado a los principales personajes de la oposición, incluido Tresckow, con quien estableció una fluida relación durante las semanas que ambos permanecieron en la capital.

Al igual que Tresckow, Stauffenberg era un hombre de acción, más organizador que teórico, y en el otoño de 1943 deliberó con aquél sobre el mejor medio de eliminar a Hitler y la organización del golpe de Estado que debía completarlo. Como medio de apoderarse del poder, se les ocurrió la idea de reestructurar un plan operativo cuyo nombre cifrado era “Valquiria” elaborado por el propio Hitler para movilizar al ejército de reserva en el interior del país en caso de un levantamiento interno grave.

El plan reformulado por los opositores no hacía entonces ninguna referencia a la oposición antinazi, sino a golpistas del propio partido a los que caracterizaba como *“Una camarilla sin escrúpulos de dirigentes no combatientes que han intentado aprovecharse de la situación para apuñalar por la espalda al frente profundamente acosado y hacerse con el poder con fines egoístas”*.

Desaparecido Hitler de la escena, el mensaje iba inequívocamente dirigido contra sus epígonos partidarios, exigiendo la proclamación de la ley marcial. Si en sus orígenes el objetivo de “Valquiria” había sido proteger el régimen contra cualquier manifestación severa en contra, ahora se lo intentaba aplicar para derribarlo. También durante esos días, Tresckow y Stauffenberg compartieron las alternativas del intento de voladura del avión del Führer que el primero llevó a cabo sin éxito. Finalmente, Tresckow debió regresar a su frente en el este; por su parte, el primero de octubre de 1943, el recientemente ascendido coronel Stauffenberg asumía sus funciones como jefe del Estado Mayor de Olbricht. En tal posición estaría en contacto directo con Hitler. Las relaciones con el resto de los conspiradores, distribuidos por sus ocupaciones en la guerra por los diferentes frentes de batalla, se mantuvo todo lo orgánicamente que se pudo aunque, en verdad, no fue mucho. Por su iniciativa, Stefan George volvía a estar presente en su vida, ya que los complotados llevaban encima como clave identificatoria un papel con su poema “Anticristo”:

*“El señor de las sabandijas engrandece su reino.
Tiene muchos tesoros, la suerte le sonrío
Y le ayuda a aplastar a los rebeldes.
Se regocija y se deleita en engaños diabólicos
Y derrocha lo que le queda aún de fuerza.”*

Stauffenberg era por entonces, junto a Olbricht, el único conspirador que tenía un acceso asegurado al Führer. Estimado por sus camaradas y respetado por las huellas que el combate había dejado en su cuerpo, se lo consideraba un emblema de la fuerza germana en la guerra. Todo eso contribuía a darle un sitio de privilegio en los círculos del poder. Nadie sospechaba que bajo su altivez, a pesar de las adversidades, se hallaba un hombre dispuesto a sacrificar su vida para tener éxito allí donde hasta ahora tantos habían fracasado.

En diciembre, Hitler convocó a Olbricht a su refugio en Rastenburg para precisar algunas cuestiones relacionadas con las reservas de soldados con que podía contar la Wehrmacht. Como Olbricht estaba enfermo, Stauffenberg lo sustituyó.

Convocada para el 23 de diciembre, sería la primera de una serie de reuniones que, por diversos motivos, se cancelarían sin aviso previo. Stauffenberg, por lo pronto, viajó al encuentro del Führer portando una carga explosiva en su portafolio; recién cuando esperaba el encuentro se enteró que Hitler había partido para pasar la Navidad en otro lado. La suspensión de esta primera oportunidad abrió una nueva crisis entre los complotados. Varios de ellos, encabezados por Goerdeler, reflataron la posibilidad de hablar directamente con Hitler e intentar convencerlo de la inutilidad de proseguir con la guerra.

La crisis abierta entre los opositores empantanó los proyectos operativos, y en las siguientes semanas ningún intento serio de atentado pudo llevarse adelante.

Recién en febrero de 1944, ante la anunciada visita de Hitler al frente ruso, un capitán ayudante se propuso para intentar asesinar al Führer de un pistoletazo. Nuevamente nada ocurrió: la guardia de la SS impidió el paso de un oficial de baja graduación cuando éste intentó acercarse a una sala de mapas donde Hitler se hallaba experimentando movimientos estratégicos con maquetas de madera.

La caída en desgracia de otros conspiradores apresuró los tiempos. La noticia de que el almirante Canaris había sido relevado de su cargo en la Oficina de Informaciones del ejército y puesto bajo vigilancia desarmó las diferencias. La hora de actuar no podía seguir dilatándose indefinidamente. Era tiempo de aplicarse con decisión y terminar la obra conspirativa. Adam von Trott, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, viajaría en junio a reestablecer el contacto con los aliados. Su misión en verdad no tuvo ningún éxito. Nuevamente, la postura de los aliados fue dar prioridad a la guerra total, sobre todo cuando paladeaban el triunfo completo en un período más o menos breve. En este marco, las propuestas de los rebeldes alemanes, que reclamaban que Alemania conservara para sí Austria y los Sudetes checoslovacos, no podían tener ningún respaldo de las democracias occidentales. Todo indicaba, pues, que los opositores estaban absolutamente solos y debían arreglárselas de esa manera.

Una novedad inesperada cambió los ánimos. El general Schmundt, ayudante de Hitler, recomendó que Stauffenberg fuera transferido para asistir como segundo jefe del general Friedrich Fromm, comandante en jefe del Ejército de Reserva. Era una oportunidad única ya que desde ese mando podría estar cerca de Hitler con mucha más asiduidad. Por otra parte, el Ejército de Reserva tenía una importancia estratégica de muchísimo valor para los complotados, ya que sería la fuerza ideal para neutralizar a la SS y la Gestapo cuando se diera la orden de poner en marcha el plan “Valquiria”. Stauffenberg lo sabía y participó de sus ideas a su nuevo jefe.

Fromm escuchó las sugerencias de su subordinado pero se excusó de participar en cualquier intento de derrocar al régimen mientras Hitler viviera. De todos modos, como era habitual entre los militares que no abrazaban la oposición, se abstuvo de denunciarlo. En muchos primaba una solidaridad de camaradería de armas; en otros, un interesado silencio a la espera de cambios que podrían beneficiarlos. Stauffenberg, por su parte, de todos modos ya tenía decidido qué hacer apenas concretara su magnicidio. Si Fromm no daba la orden de movilizar su fuerza contra la Gestapo y la SS, lo haría él en nombre suyo.

La ocasión de poner en práctica el compromiso asumido no estaba lejos, y los complotados se prepararon para actuar. Había que ultimar todos los detalles para cuando Stauffenberg fuera invitado a una próxima reunión con el Führer.



Luego de haber perdido un ojo y parte de la mano derecha en el frente, Von Stauffenberg creció en la convicción de que había que detener a Hitler como fuera posible.

Archivo visual

La propaganda nazi en imágenes



"La SA a la vanguardia". A principio de los años treinta, las tropas de choque de los nazis se habían convertido en una amenaza para cualquiera que se opusiera al partido. En el cartel un camisa parda con mirada intimidante.



Romper con las condiciones esclavizantes del tratado de Versalles fue el punto más fuerte en la propaganda electoral de nazismo. "Acaba ahora con ellas, elige a Hitler" es lo que dice el cartel refiriéndose a las cadenas del tratado.



En franco intento de competir electoralmente contra el partido comunista, Hitler intenta asignarles fundamental protagonismo en el nuevo sistema económico-social alemán a los trabajadores.



"Al salvador de nuestro país, Adolf Hitler". "Estoy dispuesto y preparado para dar mi vida por él, Dios me ayude" era el solemne juramento que hacía cada niño al entrar a la juventud hitleriana. En el cartel, un pequeño con camisa parda imitando la mirada del Führer.

Propaganda promoviendo la asociación germano-americana, que tuvo su punto de mayor apogeo el 17 de mayo de 1934 cuando se reunieron 50.000 personas en el Madison Square Garden de Nueva York, para afianzar la relación entre Estados Unidos y la Alemania nazi.



Buscando consenso en Europa los alemanes abrieron en París la exposición llamada "Le Juif et la France" (El judío y Francia) que apuntaba a cooptar al nacionalismo francés.

